

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general volvió a Cocula y de las cuevas de Malinalco”

p. 126-129

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

mota, llamado don Miguel, a traer la respuesta de lo que había de tratar con los demás caciques de aquella provincia, cerca de los frailes que pedían en lugar de los que habían muerto, y la respuesta que dio fue que no le habían respondido nada y que por esto entendía que no querían acudir a lo que el padre comisario pedía y que así él con sus indios se quería quedar a morar en Xala, y pidió a los principales los diesen dónde, los cuales los acomodaron bien, y ellos quedaron al parecer consolados, aunque más quisieran llevar frailes a su tierra. Los indios de Auacatlán tienen la misma lengua que los de Xala, y llámase xuchipilteca porque debe de ser la misma que tienen los de Xuchipila, pero no obstante esto, los más de ellos entienden y hablan la mexicana y en ella se confiesan y se les predica, y aun entre ellos moran algunos mexicanos de los que fueron con los españoles cuando la conquista; en las visitas de aquel convento hay otras tres lenguas, diferente una de otra, y los unos y los otros caen en la jurisdicción de Guadalajara. El convento es de adobes y cubierto de paja, con su claustro, dormitorios e iglesia, y aún no estaba acabado; tiene una buena huerta de mucha arboleda y hortaliza, riégase con agua de pie, que se saca del río sobredicho, y su vocación es de San Juan Evangelista; moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos hasta el martes en la tarde. Allí tuvo la fiesta de la purificación, la cual se celebró con mucha solemnidad, bendijo las candelas, dijo misa y predicó a los españoles; los indios de Auacatlán mostraron al padre comisario una provisión real, que habían sacado de la Audiencia de Guadalajara contra un español, y en todo su seso le pedían que echase en ella su firma para que el español lo creyese.

[CAPÍTULO LXXXV]

*De cómo el padre comisario general volvió a Cocula y de
las cuestras de Malinalco*

Martes en la tarde, tres de febrero, salió el padre comisario de aquel pueblo acompañado de más de treinta indios de a caballo, los cuales fueron delante dél haciendo la fiesta unos una legua y otros legua y media y algunos dos leguas, y pasado un cerrillo allí junto al pueblo, y luego el río sobredicho por una puente de madera, y andada una legua de camino llano, llegó a un pueblo pequeño llamado Tzoatlán, visita de Auacatlán y de aquella lengua; no entró dentro porque estaba un poco apartado del ca-

mino, pero estaba toda la gente aguardándole en una ramada que tenían hecha en el mismo camino, puestos todos en procesión, con cruz, andas e imágenes, con música de trompetas y flautas; hincáronse todos de rodillas cuando llegó el padre comisario, y las mujeres y moachos cantaban el *Te Deum laudamus* en lengua mexicana (uso de toda aquella parte de Xalisco que mucho provoca a devoción) y finalmente pidieron la bendición cantada, y habiéndoselas dado el padre comisario y agradecídoles lo que habían hecho, pasó adelante y andado menos de un cuarto de legua de camino llano, llegó a otro poblecito llamado Mezpán, de los mismos indios y visita, donde se le hizo muy buen recibimiento con música de flautas y trompetas, saliendo también algunos indios a caballo y haciéndoles mal por hacerle fiesta; hubo muchas ramadas y colgados en ellas muchos pájaros vivos muy vistosos; dioles a los indios las gracias el padre comisario y pasó adelante, y andados otros tres cuartos de legua de camino asimesmo llano, por el mesmo valle de Auacatlán, ribera del río sobredicho, y pasado un arroyo llegó al pueblo de Itztlán de la guardianía de Xala, donde a la ida había estado una noche a los catorce de enero. Estaba toda la gente junta, y fue recibido con mucho contento y devoción de todos; acudieron luego con sus presentes de melones, plátanos y pan de Castilla, lo mismo que hicieron los de Mezpán y los de Xala, que también ofrecieron melones, tomates, guayabas y batatas, y de unas raíces de que se hace el pan ordinario que se come en la isla de Santo Domingo llamado cazabe; todos, finalmente, hicieron mucha caridad y regalo al padre comisario, y estaban tan contentos de tenerle en su tierra que no los podía despedir.

Miércoles cuatro de febrero salió muy de madrugada de Itztlán, y dejando el camino que a la ida había llevado por Muchititic, tomó otro que le dijeron ser más corto, y pasado allí junto al pueblo un arroyo y más adelante otro, subió una cuesta de tres leguas de camino no muy bueno, y cuando llegó a la cumbre era ya bien de día, aunque no había salido el sol; después bajó otras tres leguas de cuesta muy más agra y empinada y de camino muy pestilencial y peligroso, que por ser tan malo no se usaba ya; va por una ladera y por la parte de arriba tiene una montaña muy alta y por la de abajo una hondura de barrancas que parece llegar al profundo; es muy angosto y lleno de piedras, así fijas como movedizas y poco usado, y así es menester ir por él con grandísimo tiento y muy poco a poco para no rodar y hacerse pedazos, pero con el favor de Dios pasó el padre comisario estas dificultades sin peligrar ni caer. Llámense aquellas cuestas y sierras en lengua mexicana Malinalco, y corrupto el vocablo por los españoles, las llaman de Marinaloca; bajado lo más áspero de aquella cuesta llegó el padre comisario a un rancho que los indios habían

hecho en el mismo camino, en que le pensaban dar de comer (junto al cual nace una fuente de agua tibia) pero llegó tan de mañana que no había nadie en él y así pasó adelante y acabadas de bajar las cuestras llegó a la diez del día a un arroyo de agua fría, donde tomó un poco de refresco y descansó un rato; cerca de aquel arroyo había algunos plataneros y muchos paredones de casas donde según decían los indios hubo un pueblo llamado Malinalco, del cual tomaron el apellido las cuestras y sierras sobredichas. Partió el padre comisario de aquel arroyo, y pasado otro y subida una costezuela entró en camino llano, y andada por él una legua, llegó a un poblecito llamado San Marcos, siete leguas de Ixtlán, de la guardianía de Etzatlán donde se le hizo muy buen recibimiento; salieron algunos indios a caballo casi una legua del pueblo, y llegado a él el padre comisario halló junta toda la demás gente, a la puerta de la iglesia. Acudieron luego con sus ofrendas de melones y plátanos, pan y vino, así los de aquel lugar como otros de la comarca, y de éstos vino uno con un gran manojito de rábanos; allí comió el padre comisario y descansó toda la siesta.

El mismo miércoles en la tarde salió de San Marcos, y pasados dos arroyuelos y unas ciénagas, que en invierno se pasan mal, y andadas tres leguas no largas de camino llano, por un valle muy ancho y largo en que se apacienta, y entonces estaba agostando, mucha suma de ganado menor de lo de Querétaro y México; llegó temprano al pueblo y convento de Etzatlán, donde fue muy bien recibido y acudieron los indios con melones, pan de Castilla, gallos y gallinas de la tierra, con mucha devoción. Visitó el padre comisario aquel convento, porque a la ida no le había visitado, y detúvose allí hasta el viernes siguiente.

Allí en Etzatlán halló el padre comisario dos frailes descalzos de los nuestros de México que le iban a dar la obediencia en nombre de todos los demás, porque luego como supieron lo que su provincia había ordenado, sin aguardar a ver la patente que fray Francisco Sélez llevaba, se sujetaron y acudieron como siervos de Dios y religiosos a la obediencia; recibíólos bien el padre comisario y despachólos luego, y así se volvieron otro día camino de México.

Viernes en la tarde, seis de febrero, salió el padre comisario de Etzatlán, y andadas dos leguas y media en que se pasa un arroyuelo llegó temprano al pueblo de Ayualulco, donde fue muy bien recibido y descansó aquella noche; habían aquella tarde pegado fuego a las sabanas y dehesas de aquel camino, lo cual hacen para que luego en lloviendo salga yerba nueva para el ganado, y casi en todas aquellas dos leguas y media llevó fuego y humo el padre comisario de una parte y de otra del camino, con lo cual y con

el calor del sol que era recísimo, llegó muy caluroso y cansado al pueblo; cuando así se queman las sabanas y montes en aquella tierra, y en otras muchas de la Nueva España, andan volando muchos cuervos y otras aves que llaman buharros, en lo alto sobre el fuego, haciendo caracoles y dando vueltas, y en pasando el fuego se abaten y bajan a la tierra quemada y andan por ella a caza de lagartijas y otras sabandijuelas, que el fuego ahogó o dejó medio muertas, lo cual causa admiración y convida a alabar a Dios que tal instinto dio a aquellas aves para procurar su sustento.

Sábado siete de febrero salió el padre comisario de Ayualulco, tan de madrugada, que a las ocho de la mañana tenía andadas siete leguas y estaba en el pueblo y convento de Cocula, de donde había partido un lunes en la tarde, doce del pasado, como atrás queda dicho; no pensaron los indios que llegara tan de mañana y así estaban descuidados, aunque ya comenzaban a barrer las calles y tenían hechos algunos arcos para su recibimiento. Son todas aquellas siete leguas de camino llano y pásanse en ellas unas malas ciénagas y dos riachuelos (lo cual pasó de noche el padre comisario) y últimamente un arroyo cerca de Cocula, en el cual pueblo se detuvo todo aquel día y el siguiente.

[CAPÍTULO LXXXVI]

De cómo el padre comisario general fue al convento de Autlán y de la provincia de Martinmonge y villa de la Purificación

Prosiguiendo el padre comisario su visita, salió del convento y pueblo de Cucula la vía de Autlán, lunes nueve de febrero no muy de madrugada, y tornando a pasar el arroyo sobredicho y andadas seis leguas de muchas cuevas y camino pedregoso, llegó, ya muy alto el sol, a un pueblo de aquella guardanía, llamado Tecolutla, donde los indios y unos españoles que allí residen le recibieron muy bien y le hicieron mucha caridad; está aquel pueblo en un valle en el cual se coge mucho trigo de regadío que se riega con un arroyo que corre por el mismo valle, de agua muy delicada y buena de beber, que desciende y se despeña por una sierra muy alta; hay allí cerca minas de plata que se beneficiaban entonces y acudía dellas mucho metal. Aquel pueblo y otros quince comarcas caen en una provincia llamada de Martinmonge, porque así se llamaba el primer encomendero que los tuvo en encomienda, y entonces los tenía un hijo suyo del mismo nombre.